

Waldo Frank

No asistía a conferencias en el Teatro Municipal desde los lejanos días de la visita del conde Keyserling. En aquella ocasión, escribiendo sobre el telúrico pensador del Báltico, dije que me había parecido, físicamente, un tártaro. La explicación de aquel parecido había que encontrarla en la luz que se deja en ese teatro a los conferenciantes, una luz vertical que ilumina la parte superior de la cabeza y deja el rostro en la sombra, produciéndose así un achatamiento de la cabeza y un estiramiento de las líneas del rostro, un estiramiento hacia atrás. La barba y el bigote de Keyserling ayudaban a la luz y el resultado era un tártaro de muy buena estampa.

Ignore la razón de esa luz, pero su explicación debe buscarse en la ignorancia que se tiene del valor de la expresión del rostro de los pensadores y poetas. Si a los actores se les ponen luces que hacen destacarse hasta las rayas de los pantalones, ¿por qué a los seres espirituales se les deja en esa lamentable semipenumbra, ocultándoseles lo más noble que hay, físicamente hablando, en ellos: el rostro?

Waldo Frank, claro está, no parece un tártaro. Le falta el aire de tal y, más que nada, el bigote de largas guías y la puntiaguda y corta barba. Más bien bajo que alto, regordete, de ~~suavemente~~ vez y ademanes tímidos, parecía, delante de la gente que llenaba el Municipal y que esperaba de él gritos y ademanes de ángel exterminador, un bondadoso campesino que ha venido a la ciudad a ofrecer ^{suaves} ~~unas~~ tortas de miel o dulce leche de cabra. Y digo ^{suaves} tortas de miel o dulce leche de cabra porque la impresión que dejan sus palabras inclinan más a la suavidad y a la dulzura que a la acritud y a la violencia. En estos días, en que todos nos imaginamos a la razón armada por lo menos de un ~~hacha~~ lanzallamas o de una Maxim, imagen irascible y destructora de todos los que no creen en ella, Waldo Frank habla de la "dulce razón", acentuando esta

dulzura con la dulzura de su vez, vez que toma entonaciones de inusitada ternura cuando habla de los felices días del hombre agrícola y su vida eglógica.

Sí, dulzura. ¿Y por qué no? La gente, claro está, aunque no toda, salió desencantada, si no descontenta. "Dar un curso de filosofía en estos tiempos...", suspiraban algunas personas. Habrían preferido una arenga violenta, estruendosa, que creara allí, por arte de magia y sobre el escenario del Municipal, el anhelado segundo frente.

Pero no se creó allí el segundo frente, cosa que, por lo demás, es de lamentar. Era otro el frente que allí se erguía, aunque muy pocos lo vieron: el frente del espíritu, del cual Frank es uno de los más tenaces obreros.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©